

Je ne t'aime plus

Alejandro Medina



Capítulo 1

Je ne t'aime plus

Son las dos de la tarde. Son los primeros días de febrero pero el sol ya no calienta, más bien quema, como si el clima indicara un abril en invierno. Salgo al porche de la casa que Rosita Galíndez —única compañera que aún conservo de la universidad— y yo estamos remozando para instalar el negocio por tanto tiempo anhelado y planeado: un estudio-editorial donde trabajaremos escribiendo nuestros trabajos y editándolos nosotros mismos, y editando y apoyando a colegas que no tienen forma alguna de ser tomados en cuenta por las grandes casas editoras del país.

Enciendo un Chesterfield. Mi padre dice que fumar cuando hace un calor de los mil demonios es repugnante. Pero yo ahora estoy bajo la sombra de la casa, así que no encuentro la repugnancia por ningún lado. Si el negocio comienza a tomar forma es gracias a los ahorros que Rosita y yo unificamos, más lo prestado por amigos y lo obtenido de alguno que otro mecenas despistado que Rosita encontró quién sabe por dónde porque, ya se sabe, con la banca institucional no se cuenta prácticamente para nada; con el cuento de que si tienes dinero te presto, si no tienes dinero no te presto, decidimos mejor dejar por la paz a los banqueros y buscar el dinero por otros medios. La casa se consiguió gracias a las gestiones realizadas por mi padre, que cobró uno de tantos favores hechos a un amigo suyo quien la cedió sin cobrarnos renta, sólo tenemos que cubrir los gastos normales como predial, agua, luz, etc.; sita en el centro de Azcapotzalco, cerca del Jardín Hidalgo. No es muy grande. Tiene un nivel de alto. El mismo día que la conocimos Rosita decidió que las tres piezas de arriba podrían adaptarse para los estudios que ocuparíamos y una pequeña biblioteca y en la planta baja quedaría muy bien la editorial.

Para hacer las adecuaciones a la casa contraté a don Ambrosio Expósito, un viejo conocido de mi padre y *mil usos*, pues lo mismo compone una avería de un refrigerador que cambia toda la instalación eléctrica de una casa o hace trabajos de albañilería. Por lo regular soy yo el que supervisa los avances de la obra, porque Rosita ocupa el tiempo para buscar dinero hasta debajo de las piedras. Ayer estuvo todo el día en la casa para dar su visto bueno a la adaptación que hizo don Expósito en lo que van a ser los estudios pues, pensando en nuestro confort, don Expósito propuso colocar un baño en cada habitación. Rosita quedó encantada con la idea y con el resultado.

—Te dije que aquí el *maestro* sabe lo que hace —le dije a mi socia cuando terminó su revisión minuciosa del trabajo.

En el porche podrían caber, un poco apretujados, dos automóviles sedán, pero como ni Rosita ni yo tenemos ni precisamos un carro (Rosita usa el

Metro para venir desde Miguel Ángel de Quevedo y yo, para hacer deporte, camino durante hora y media de Santa María la Ribera a Azcapotzalco), optamos por un jardincito con mesa y sillas de hierro y macetas con diversas especies de plantas para descansar un rato de nuestras labores o para salir a fumar. Don Expósito sale con una bandeja repleta de yeso para resanar la fachada. Fumo sin tomarle sentido al cigarro. Son los últimos retoques que se le están haciendo a la casa. Solamente falta pintar tanto adentro como afuera; será la próxima semana, espero, porque las adecuaciones nos han dejado sin un peso, es por eso que Rosita sigue con su tarea de conseguir nuevos patrocinadores. Desde hace dos semanas, aproximadamente, he notado que estoy un poco abstraído de la realidad. O sea, no es que esté del todo ido, porque he vigilado cuidadosamente las obras; es en los pocos ratos libres de los que dispongo donde se hace más aguda mi abstracción. El cigarro, por ejemplo, no me está sabiendo a nada.

Don Expósito rellena, distribuye y aplana el yeso sobre una parte de la fachada como si estuviera acariciando el cuerpo de una mujer. Silba la tonada de una canción mientras trabaja. Termino con el cigarro, meto las manos en el bolsillo de mi pantalón y doy unos pasos en lo ancho del porche.

—Usted tiene algo que lo trae medio atarugado, patrón —me dice don Expósito sin dejar de mirar la pared—. Perdóneme que se lo diga así, pero así es como lo veo y mi modo de decir las cosas.

Estoy a punto de confesárselo, mas me reservo mi derecho de hacer declaración alguna.

—Es por culpa de una mujer, ¿verdad patrón?

—Ya le he dicho que no me diga patrón, don Expósito, no me gusta. Llámeme por mi nombre, dígame compañero o como usted quiera, pero nunca patrón. Y hámbleme de *tú*, porque usted sí que se ha ganado el derecho a que le hablen de *usted* por tantos años bien trabajados. Yo apenas voy comenzando y no merezco ese derecho.

—¿ta bueno, patrón, digo, joven Ricardo. ¿Qué le pasa, pues?

—Es que pienso que Rosita y yo nos precipitamos un poco en montar este negocio. No tenemos dinero para lo que falta de material, no tenemos ni para pagarle estas dos últimas semanas que le debemos de sueldo. Eso es: estoy preocupado por el dinero.

—No, joven Ricardo, a mí usted no me va a mentir. Tanta caminadera y tanta cara de compungido no es por el dinero, eso déjemelo a mí. A edá,

un chamaco de su edad, sólo sufre por una cosa: por una mujer.

Enciendo un segundo cigarro para no tener que morderme la lengua. Prefiero mantener la boca ocupada apretando el cigarrillo con los labios a tener que desdoblarme ante don Expósito. Esta vez siento el golpe amargo del humo raspando mi garganta. Bien recuerdo el día que conocí a Claire, algo parecido al impacto que Fermina Daza causó en las vidas de Florentino Ariza y el doctor Juvenal Urbino. Pero más recuerdo el día en que Claire me llevó a su casa para presentarme con sus padres: era un día bastante soleado, de un calor tan seco que hasta el aire se olvidó de trabajar aquel día; la casa, un primor de arquitectura de dos plantas con jardín y fuente al centro y verja de hierro por el rumbo de las Acacias; los señores, monumentos andantes de civilidad; y la comida... vaya qué comida: arroz guisado, chicharrones en salsa verde con nopalitos y flor de calabaza, huanzontles bañados en salsa de chile guajón, agua de jamaica y escamocha de postre. Claire lucía bellísima, su sonrisa de cuarzo iluminaba la casa y sus ojos de geisha, aunado al resplandor que la luz solar proyectaba en su cabellera castaño claro, daban una apariencia cuasi celestial a su rostro.

—¿De qué se ríe joven Ricardo? Dicen que el que se ríe solo es porque de sus maldades de acuerda.

La voz de don Expósito me sobresaltó un poco, y la brasa del cigarro terminó por despertarme de mi ensimismamiento.

—De nada, don Expósito. Es que me acordé de un chiste que alguna vez me contó la señorita Rosita, eso es —me sentí imbécil por dar esta respuesta.

—Qué mujer, dicho con todo respeto. La señorita Rosita vale un Potosí, ¿no le parece, joven Ricardo?

—Usted sabe el significado de *valer un Potosí*?

—No, joven Ricardo. Yo nomás sé que cuando una persona, hombre o mujer, es un encanto, le dicen que vale un Potosí.

—Pues yo sí sé el significado de esa frase, y le pido encarecidamente que de ahora en adelante la suprima usted de su vocabulario, porque detrás de esa expresión se esconde una tragedia humana, peor que el holocausto judío. *El mundo tendría que empezar por pedirle disculpas.*

—No pos, siendo así, si usted lo dice, dejaré de decirla ya mismo.

—Mire, no me haga caso, don Expósito. Es que estoy un poco nervioso. Deje lo que está haciendo y mejor vaya a comer. O mejor aun, tómese el resto del día, váyase a su casa o donde quiera. Tome, son los últimos cien

pesos que me quedan, espero que la próxima semana podamos saldar cuentas con usted. Ándese, don Expósito, y discúlpeme por lo que acabo de decir.

—No se fije, joven Ricardo, discúlpeme usted a mí por irme de la lengua, pero es que de veras hoy se carga un humor como nunca lo había visto. Debe ser muy canijo lo que le pasa para andar así de achicopalado. Seré nese, mañana será otro día. Y por lo de los centavos ya le dije que ni se apure, usted y su señor padre son gentes de confianza, yo con ustedes chambeo hasta sin cobrar porque los aprecio mucho. Bueno, voy por mis chivas allá adentro. Despídame de la señorita Rosita. Hasta mañana, patrón.

En realidad no estoy nervioso, estoy un poco contrariado, porque del recuerdo de aquel día en la casa de los padres de Claire, mi memoria da un vuelco inesperado hacia hace exactamente diez y siete días, precisamente cuando Rosita Galíndez vino a participarme el connubio entre Claire y el joven Topillos. En primera instancia el informe no tuvo especial atención de mi parte; ni las fotografías que Rosita tomó en su tableta electrónica del ágape, las cuales me mostró posteriormente, me significaron algo relevante. Sólo hasta la noche del día en que Rosita me trajo la buena nueva comprendí totalmente la magnitud de la noticia: había perdido a Claire para siempre.

Nuestra relación culminó cuando hacíamos el servicio social, Claire en el Senado de la República y yo en CONACULTA. Claire conoció durante sus prácticas al joven Paco Topillos, quien ya se sentía un connotado litigante desde el primer semestre de universidad sólo porque su padre, según decía Topillos, había trabajado en el prestigiadísimo bufete Aguilar y Quevedo. La realidad es que Paco no es más que un vil tinterillo; si hoy día es lo que es, es gracias a que siempre echa por delante el “prestigio” de su padre y a que —siempre según él— es muy cercano al secretario del presidente nacional del partido en el poder.

Todavía tiempo antes de que Rosita me trajera la noticia yo había intentado reactivar amistad con Claire. La llamé. Me aceptó un café en el Sep’s de Insurgentes. La reunión me dejó un halo de esperanza de volver a ser pareja. Después del café volví a llamarla pero ya no obtuve respuesta. Luego vino el anuncio en voz de mi compañera y toda posibilidad de vuelta quedó sepultada.

Hace rato que estaba caminando en círculo en el porche recordaba el día que Claire terminó conmigo: me citó temprano en la cafetería de la universidad; desayunamos, todo normal. Cuando bebíamos el café Claire me miró fijamente con sus ojos de obsidiana, y con expresión acendrada me dijo:

—*Je ne t'aime plus, mon amour.*

Dicho lo cual se levantó de la mesa y salió de la cafetería. Cuando reaccioné Claire ya no quería saber más de mí y puso a Rosita Galíndez como parapeto.

Veo a don Expósito salir cambiado de ropa y con el cabello perfectamente peinado. Lleva unos vaqueros azul cobalto, botines de vestir negros cuidadosamente lustrados, camisa blanca y chaqueta color camello. Sale de la casa sin darse cuenta de que aún permanezco recargado en la pared que recién acaba de resanar. Va silbando la misma canción de hace unos momentos atrás; sólo hasta entonces me doy cuenta de que se trata de *Camino Verde*. Cuando cierra la puerta de la verja alza la vista y nota mi presencia. Levanta el brazo y dice: «Hasta mañana, patrón», y correspondo la despedida.

Solo como me hayo ahora en la casa, con este calor infernal, me doy cuenta de que desde mi ruptura con Claire, he estado caminando el camino verde de la canción. Y ya es bastante tiempo y bastante camino.